

JOSÉ LUIS FERNÁNDEZ

EL MULAHACEN

POEMA



MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ

Carrera de S. Jerónimo 2.

1902

R. 1007.A

1816

EL MULAHACEN.

1

JOSÉ LUIS FERNANDEZ

---

# EL MULAHACEN

POEMA



MADRID  
LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ  
Carrera de S. Jerónimo 2.

1902



---

**Es propiedad del autor.**

---

---

**Tip. de Fernando S. Estrella, Príncipe 26, Almería.**

## DEDICATORIA



*A mi padre.*



## PRÓLOGO



## PRÓLOGO

---

El protagonista de este libro es el Mulahacén, como representación de la naturaleza toda.

La acción que se desarrolla en el transcurso de estas páginas es puramente accidental.

Era muy joven aún, casi un niño, y en mis largas horas de soledad y de vigilia, cuando nada interrumpe la calma del espíritu, concibió mi fantasía las formas delicadas de una mujer hermosa, de mi ideal más bello. Sus contornos, que al principio aparecían esfuma-

dos como un girón de niebla, se fueron condensando al calor de la vida que mi imaginación les infundiera, y sus trazos se hicieron vigorosos, mientras sus miembros adquirían color y movimiento... ¡Jamás artista alguno logró emplear Carrara más precioso para labrar su estatua!... ¡Jamás los humanos escultores cincelaron la piedra con aquella corrección de líneas que envidiara el griego Cleomenes para representar de un modo más perfecto á la belleza!

Aún era muy joven... En mi alma comenzaban á florecer mis más exquisitos sentimientos, y escogiendo sus perfumes más sutiles, aromaticé la flor del espíritu que había de vivificar á mi soñada Galatea... Era entonces mi alma como un terso lago de linfa cristalina que sólo reflejaba un cielo siempre azul... en el seno de aquel lago dormían las tempestades... en el fondo, el légamo yacía inmóvil, esperando la llegada de los reptiles monstruosos que habían de agitarle y de enturbiar la pureza de las aguas... Las capas más sutiles, las moléculas más delicadas de su linfa, tomaron, al evaporarse, las formas caprichosas de una

nube blanca y aquella nube de sin igual blancura fué el alma candorosa que yo quise infundir en la estatua imaginada.

Peregrino del mundo, he buscado con afán incesante la realización de mi quimera con la fé del israelita que, errante y perseguido, á través de los siglos, de las generaciones y de los pueblos, conserva inalterable su creencia; lo mismo que los hijos de Judea presenciaron la destrucción de la Ciudad Sagrada ante las armas del valeroso Tito, yo he visto derrumbarse mi mundo de fantasmas... El ariete de la realidad, batiendo con espantosa furia sus cimientos, no dejó piedra sobre piedra de los palacios suntuosos, de oriental magnificencia, con que edificué la dorada Sión de mis ensueños, y sin embargo, á través de tantas vicisitudes, jamás dudé de mi ilusión más lisonjera...

¡Ensueños de gloria, de honores, de riquezas y de placeres!... El diluvio de los días, cayendo sobre vosotros, os anegó bien pronto, y sólo se vió flotar sobre el inmenso Océano de mis deseos, cual solitaria flor de loto que sobrenada en la laguna, el arca misteriosa de mi alianza... ¡El idcal de mis amores!

Levanté en el santuario de mi alma un altar único, consagrado á la imagen que acaricié en mis sueños, y ofrecí, ante las aras de aquél dios esperado con febril ansiedad, mis más gratos perfumes, todos mis anhelos... Mil veces, deslumbrado por engañosas apariencias, elevé sobre este altar lo que creí encarnación del Verbo de mi idea, y derribé otros tantos ídolos, quedando nuevamente vacío el santuario; desesperanzado de encontrarla, hallé la realidad hermosa de mi sueño, no bajo la mezquina concepción que la buscaba, sino bajo la forma maravillosa de que supo revestirla el Hacedor Supremo...

¡Ya está ocupado el templo!... Lo llena la Naturaleza toda con su magnificencia fastuosa...

¡Ideal!... ¡Virgen inmaculada de prodigiosa hermosura, más seductora cuanto más lejana te apareces ante los ojos del que á través de los voluptuosos velos del ensueño te contempla!... La nieve de tu garganta es oscura ante el nácar con que las nubes saben engalanarse; el rubor de tus mejillas no ha podido igualar nunca á las tintas de carmín y rosa que la Na-

turalaleza ostenta en su bullicioso despertar; el haz de oro de tu rubia cabellera quedaría eclipsado por la más insignificante hebra de luz de la melena del astro rey; el azul de tus ojos es pálido é impuro comparado con el de la infinita pupila de cíclope que la creación entera abre sobre los míseros mortales; tus senos, nevadas montañas, cuyas cumbres colora con tonos rosáceos el sol de la juventud, sagradas eminencias del mundo de placeres que en sueños me ofreciste, no muestran en sus latidos la vehemencia ó la dulzura con que se agita el seno de los mares; tu alma candorosa de Ofelia sin ventura, que muere entonando la canción de sus amores, no tiene los misteriosos encantos, la vaga melancolía de un crepúsculo otoñal...

Buscando por el mundo el complemento de mi alma apasionada, otra, en fin, con quien compartir el néctar de mis dichas ó la carga de mis pesares, he encontrado la tuya, ¡oh, naturalaleza!... Ante ella, mi espíritu anonadado juró rendirte eterno vasallaje, y en su amoroso delirio sólo ansía que llegue el instante supremo en que, nueva Salmacis, que desfallece de amo-

res por tan sublime Hermafrodita, mi ser se confunda con el tuyo.

*José Luis Fernández.*

I.

## INTRODUCCIÓN.



## I.

De la Alpujarra en la región agreste  
el gigantesco Mulahacén se eleva  
como embozado en su nevada veste.

El rey morisco cuyo nombre lleva,  
descansa allí porque su fosa obscura;  
jamás el hombre á profanar se atreva,

pues mandó que le hiciesen en la altura,  
en vez de monumentos terrenales,  
una humilde y sencilla sepultura,

donde tiene, cual pómpas funerales,  
por plegarias el ruido de los vientos,  
por mármoles las nieves eternas!

. . . . .  
. . . . .  
. . . . .

Al despertar los ecos turbulentos  
de la montaña, por el rayo herida,  
del viejo rey se escuchan los lamentos;

que, al morir, con el alma dolorida  
por las traiciones de Boabdil, su hijo,  
al monte que le guarda le dió vida.

En el cobarde el pensamiento fijo  
le vió llorar al descender del trono  
y su nombre, colérico, maldijo...

Hasta el extremo le llevó su encono  
de increpar á su raza con fiereza  
por su debilidad y su abandono;

y, desde entonces, cuando el frío empieza  
y el fatal cumpleaños se aproxima,  
en blanco jaique oculta la cabeza

el monte, avergonzado de que oprima  
á su Granada el yugo nazareno...  
¡yugo que espera que el muslim redimal

Los dias en que el cielo está sereno  
y el astro rey en los espacios arde,  
á la sien del monarca sarraceno,

de su antiguo poder cual justo alarde,  
ciñe piadoso el sol corona de oro  
cuando agoniza en brazos de la tarde.

Y muestra su esplendor el viejo moro  
de cumbres pintorescas rodeado...  
¡de sus esclavas con el níveo coro!

Recuerda entonces su feliz pasado;  
se levanta con ánimo valiente,  
y al contemplar su imperio dilatado

lleno de excelsa majestad se siente,  
y, en su alegría sin ejemplo, lanza  
rayos de luz en torno de su frente.

Mas cuando el sol en su carrera avanza  
y se borran, al fin, sus resplandores,  
se desvanece toda la esperanza

de que vuelvan para él tiempos mejores  
y oculto entre los pliegues de su manto,  
el Mulahacén renueva sus dolores...

Es tal su pena, su pesar es tanto,  
que por los surcos de su piel rugosa  
circulan sin cesar ríos de llanto

que atraviesan en forma caprichosa  
los frescos valles, el pensil florido,  
el bosque espeso, la enramada umbrosa

cual largas cintas de metal bruñido  
que entrelazan las rústicas guirnaldas  
que á su Señor las sierras han tejido;

y forman con los pueblos de sus faldas,  
alfombras de oriental tapicería  
bordadas sobre fondo de esmeraldas,

que cubren la soberbia gradería  
del trono inaccesible que eligiera  
el altivo sultan de Andalucía,  
el rey de la Nevada Cordillera.



II.

LA ÚLTIMA CITA.



## II.

—No quiero que te marches... No me dejes..  
Verás, mi Alberto, como Dios dispone  
nuestra felicidad sin que te alejes.

—Es preciso, mi bien, que te abandone  
para que pueda destruir mi mano  
el valladar que á nuestro amor se opone.

Soy pobre y tu eres rica... Fuera en vano  
pretender elevarme hasta tu altura...  
y he de ser de tus gracias soberano

Quiero, Luisa, que me ames con locura;  
que nuestra dulce unión te enorgullezca  
y cifres en mi fama tu ventura.

Tu gozo presenciar cuando te ofrezca  
un amor que avaloren mis laureles...  
¡No un amor que á mis ojos me envilezca!

El arte noble del divino Apeles  
me ofrece realizar mis ilusiones...  
la dicha conseguir con mis pinceles

sin que nadie ruines ambiciones  
á través de mi amor mirar pretenda...  
¡No quiero, no, sufrir humillaciones!...

Yo tengo inspiración... Deja que emprenda  
de un glorioso renombre la conquista,  
pues saldré vencedor en la contienda.

No extrañes que á tus ruegos me resista:  
el arte de tu lado me arrebató,  
ambiciono la gloria, soy artista.

Deja que logre mi ilusión más grata;  
deja que el ave se remonte al cielo,  
que si el destino sus ensueños mata

ó consigue saciar su ardiente anhelo,  
el pájaro que busca otras esferas  
á su nido de amor tornará el vuelo.

—¡Es tan triste la ausencia!... ¡Si supieras  
el dolor que tu marcha me ocasiona,  
tal vez desecharías tus quimeras!

—Perdona al infeliz que te abandona  
de su amoroso afán en el exceso  
y sus delirios de ambición perdona.

De la separación el grave peso  
soporta, Luisa mía, resignada...  
¡Nuestro profundo amor conserva ileso!

—¡Faltarte y me da vida tu mirada!  
¡Que yo te olvide!... ¡Si tu vuelta ansío!...  
¡Te esperaré cual nunca enamorada!

Aleja, pues, ese temor impío  
y nunca dudes del afecto puro  
que siempre te consagra el pecho mío.

—Parto tranquilo; de tu amor seguro;  
mas si traicionas mi pasión en tanto,  
nádie te poseerá!... ¡Yo te lo juro!

—Y yo te juro por el nombre santo  
de Dios Omnipotente que nos mira,  
por este amor que forma nuestro encanto,

ser fiel á la pasión que Él nos inspira  
y no ceder jamás á la conjura  
que en contra de mi amor teuáz conspira.

—Mucho más que tu espléndida hermosura  
me seduce de tu alma la firmeza  
y es que yo adoro en tí lo que perdura:

esa radiante, inmaterial belleza  
donde no imprime el tiempo sus señales...  
¡que no cubre de canas la cabeza!

Solo por tus encantos materiales,  
quizás, mi dulce bien, no te amaría;  
pero haces realidad mis ideales;

eres cual te soñó mi fantasía;  
más hermosa y gentil que fué ninguna,  
con un alma más bella todavía.

Parto mañana. Busco una fortuna  
que, al rendirla á tus plantas, me prometa  
que el santo lazo ante el altar nos una,

y tengo en tí tal fé, que no me inquieta  
la ruda oposición de tus mayores..  
te dejo, Luisa, en libertad completa,

pues no te escribiré... Quiero que ignores  
las mil contrariedades que la suerte  
me reserva hasta el fin de mis dolores...

No escribiré; mas cuando vuelva á verte  
veremos ambos nuestro afán cumplido...  
¡Tendré un nombre glorioso que ofrecerte!

—¡Juro amarte cual nadie te ha querido!  
 Me hallarás, al volver, de amor rendida...  
 ¡Cumple tu juramento si te olvido!

—¡Luisa mía! En las luchas de la vida,  
 cuando suene el fragor de la batalla  
 tu recuerdo será mi santa egida;

y tú, entretanto que el combate estalla,  
 á Dios le rogarás con fé sincera  
 que nunca oponga á mis anhelos valla...

—Que logres tu ilusión más lisonjera,  
 y que á mi pecho te devuelva el arte,  
 antes, mi Alberto, que de amores muera...

¡Tienes razón, mi bien!...Debes marcharte.  
 Sabré ahogar el dolor que me sofoca;  
 mi ardiente corazón sabrá esperarte,

y cuando tú regreses, de amor loca  
te estrecharé en mis brazos con orgullo...  
¡Con ansiedad te besaré mi boca!

. . . . .  
. . . . .  
. . . . .

Después solo se oyó como el murmullo  
del aura enamorada de las flores;  
cual de palomas cariñoso arrullo.

De la aldea cesaron los rumores,  
pues ya del sueño entre los brazos presos,  
descansan sus sencillos moradores.

En la plaza, lugar de estos sucesos,  
prosigue Alberto el diálogo, apoyado  
de reja antigua en los barrotes gruesos.

La luna, desde un cielo despejado,  
melancólica luz vierte á raudales  
iluminando al grupo enamorado.

Formando pabellones naturales,  
entrelazan los hierros de la reja  
madreselvas, jazmines y rosales.

Mudos testigos de amorosa queja,  
las florecillas de matices varios  
que aromas dan á la gentil pareja,

agitan en aquellos santuarios,  
donde el amor ostenta sus altares,  
sus cálices cual leves incensarios;

y se oye, como preces singulares,  
amoroso murmullo, parecido  
al rumor de la brisa en los cañares.

Á través de la reja, el afligido  
semblante de la joven se veía  
en la penumbra á veces escondido.

Un rayo de la luna se cernía  
al pasar por los claros del ramaje  
que por el enrejado se extendía,

y, tras el pintoresco cortinaje,  
formaba sobre el rostro de la hermosa  
movible velo de tupido encaje.

Preludiaba á lo lejos su amorosa  
endecha el ruiseñor del bosque espeso  
con torrentes de música armoniosa...

. . . . .  
. . . . .  
. . . . .

---

Cuando en el claro Oriente se ve impreso  
el primer arrebol de la mañana,  
escúchase un ¡adios!... estalla un beso...  
se aleja un hombre... y cierran la ventana.





III.

LA PARTIDA.



### III.

Llevando Alberto su ilusión por norte,  
solo el recuerdo de su amor le apena  
cuando emprende el camino de la Corta.

Sacude el sol su espléndida melena  
al desatar los hilos de diamante  
con que de luz al Universo llena

desde un lecho de seda deslumbrante  
que de irisadas nubes el cortejo  
formó de Oriente en el confín distante;

y el Mulahacén le brinda blanco espejo,  
donde contempla su viril tocado  
al enviarle su primer reflejo.

De sus tules de niebla despojado,  
luce el valle su manto de verdura  
de rústicas viviendas esmaltado.

Al circular por la feraz llanura,  
esconde un río, á trechos, su corriente  
del alto matorral en la espesura,

y atravesando el valle mansamente,  
allá en la lejanía, se desata  
convirtiéndose en rápido torrente

que se despeña en honda catarata,  
cuyo raudal, del sol á los fulgores,  
semeja un arco de fundida plata;

y á través de diáfanos vapores,  
de aquel abismo aliento poderoso,  
la luz muestra del iris los colores.

De la vega al final, frente al coloso  
que de aquella región se enseñorea,  
tiene su asiento alegre y caprichoso

de Alberto y Luisa la apacible aldea,  
reclinada en la falda de un collado  
que el riachuelo límpido rodea.

En graníticas rocas cimentado,  
vese un puente del valle en la angostura  
por donde corre el río aprisionado.

Ocultan la morisca arquitectura  
del ojo de la puente, cual pestañas  
que sombra dan á su pupila obscura,

allá en el fondo juncos y espadañas,  
y en lo alto, con salvajes convulsiones,  
teje las zarzamora sus marañas ..

En lucha con opuestas emociones,  
pensando Alberto en su pasión camina  
creyendo realizar sus ilusiones.

En la cumbre de la última colina,  
de aquellos sitios mirador fragante  
que el valle en toda su extensión domina,

detiene su corcel por un instante,  
y al verse allí, su corazón se inflama  
de cariño á sus sierras; anhelante

---

la vista en torno del lugar derrama,  
y se aquieta su espíritu sombrío  
contemplando el soberbio panorama.

Distingue de su aldea el caserío,  
como blanca bandada de palomas  
que por saciar la sed acude al río;

con ansiedad aspira los aromas  
con que embalsaman al florido valle  
de los planteles las maduras pomas,

y, al recordar detalle por detalle  
su amor y su niñez, dobla el sendero  
antes que el pecho de emoción estalle.

Al trasponer la cumbre del otero  
lanza á la aldea su postrer mirada  
y la saluda con su ¡adios! postrero...

Después prosigue Alberto la jornada  
y en todas partes se imagina á Luisa  
esperando su vuelta resignada...

. . . . .  
. . . . .  
. . . . .

Solo el recuerdo de su amor precisa...  
todo se oculta á su mirada inquieta  
menos el Mulahacén, que se divisa

allá á lo lejos, cual vencido atleta  
que á su feliz rival las armas rinde,  
encorvando su blanca silüeta  
del horizonte en la azulada linde.



IV.

POR EL ARTE.



#### IV.

Llegó Alberto á Madrid, vasto oceano  
cuyo oleaje agitan las pasiones  
del insaciable corazón humano...

¡Piélago que crueles decepciones  
guarda en el fondo de su amargo seno  
donde naufragan tantas ilusiones!

¡Vaso de dichas y dolores lleno  
 donde, si bien la gloria miel destila,  
 el desengaño vierte su veneno!...

¡Mixtura que en gustar nadie vacila!..  
 ¡Mas por una esperanza que alimenta,  
 cuantos dulces ensueños aniquila!...

Llegó Alberto á Madrid, su afán ardiente,  
 llevando por tesoros su paleta  
 y las mil ilusiones de su mente;

mas como la miseria no respeta  
 á quien solo le ofrece estos caudales,  
 á su cruel imperio le sujeta...

Luchó por conseguir sus ideales;  
 buscó el trato de varios compañeros,  
 y por amigos encontró rivales;

---

que aquellos que él creía más sinceros  
por mostrarle amistad más decidida,  
fueron en calumniarle los primeros.

Los pobres diablos que jamás rendida  
vieron bajo sus plantas la fortuna,  
ofrécnle su protección fingida.

Muertas sus ilusiones una á una,  
recurrir quiso á tanto ofrecimiento,  
vencido por la suerte inoportuna;

mas convencido en el primer momento  
del valor de sus nécios protectores  
y no pudiendo conseguir su intento,

al ver desvanecidos sus errores  
esperó trabajando con constancia  
el fin de sus contínuos sinsabores...

Estudió con afán... Siempre en su estancia,  
á sus pesares encontró consuelo  
pintando el valle en que pasó la infancia,

la imagen de su amor, su único anhelo,  
y el Mulahacén gigante que blanquea  
sobre el azul purísimo del cielo...

Que allí á solas, su espíritu recrea  
grabando sin cesar en la memoria  
su alegre valle y su escondida aldea;

y recordando su amorosa historia  
se forja mil proyectos en la mente  
para cuando consiga la victoria...

Que el porvenir, en su delirio ardiente,  
le finge mil fantasmas halagüeños  
á cambio de las penas del presente.

Siempre firme y tenaz en sus empeños,  
sufre después del triunfo una derrota  
que al cabo desvanece sus ensueños;

mas repuesto otra vez, de nuevo brota  
en su ardoroso pecho la esperanza...  
¡Fecundo manantial que no se agota!

Vuelve á la lucha, sin cesar avanza,  
y tras nuevos y horribles desengaños,  
laureles nuevos su pincel alcanza...

Obtuvo una pensión... Cielos extraños,  
nuevas tintas le dan á su paleta  
durante dos interminables años.

Su educación artística completa  
la hermosa Italia, hallando en los museos  
fuentes de inspiración su mente inquieta.

Pronto logró adquirir nuevos trofeos  
que cimentaron más su justa fama  
dando mayor aliento á sus deseos.

Alimentando la amorosa llama  
de la dulce pasión que le domina,  
no olvida que su Luisa le reclama

y allá en su estudio, cuando al fin declina  
la tarde, concluyendo la tarea,  
en sus agrestes valles se imagina...

Mira ocultarse el sol que centellea  
entre nubes de oro y de granate;  
piensa en que aún se detendrá en su aldea;

con más vigor el corazón le late,  
y asaltan á su pecho mil temores  
que libran con su amor rudo combate..

¡Oh brisa que saturan los olores  
de aquel pensil, y agitas suavemente  
el dosel que escuchara sus amores!...

¡En mil lugares, de la patria ausente,  
creyó sentir tu aliento perfumado  
que al alma orea al refrescar la frente!...

• ¡Extraño encanto el del hogar sagrado!  
¡ser más querido cuanto más distante,  
más bello cuando está más retirado!...

¡Ah!... Cuántas veces en su vida errante  
pensó Alberto en la triste despedida;  
en que su Luisa aguardará constante;

y en aquella emoción jamás sentida  
que le produjo el amoroso exceso  
de la noche anterior á su partida!...

Anhelando su próximo regreso  
de todos sus pesares le enajena  
la memoria tan solo de aquel beso;

pues la dulce pasión que su alma llena,  
para cada pesar tiene un encanto,  
para cada placer tiene una pena...

¡Cuántas veces recuerda el triste llanto  
que vertieron en su última entrevista  
aquellos ojos que él amaba tanto!...

Siguió Alberto las huellas del artista,  
sus lienzos enviando á exposiciones  
donde, si láuros su pincel conquista,

no logra realizar las ilusiones  
que en su apartada aldea concibiera  
de acallar las mezquinas ambiciones

que rechazaron la pasión sincera  
que en todas sus empresas le dió aliento...  
¡El amor por su Luisa que le espera!...

Su único afán, su solo pensamiento...  
¡Amor que constituye su alegría  
y al par que su alegría su tormento!...

Llegó por fin el anhelado día  
de salir vencedor en la campaña  
en que su dicha consistir hacía,  
y halló en un premio su regreso á España.





V.

**EL REGRESO.**



V.

Reina el otoño... Débiles fulgores,  
el sol que muere lanza en su agonía  
envuelto en un sudario de colores.

El valle que el pintor dejara un día  
por correr tras sus bellos ideales  
se pierde en la azulada lejanía

como á través de mágicos cendales,  
y en el confín se vé Sierra Nevada  
mostrando sus siluetas desiguales...

De sus galas se encuentra despojada  
la Alpujarra, baluarte de una guerra  
que fué el asombro de la edad pasada;

que el germen de sus flores, que la Sierra  
cuando vuelve el calor muestra orgullosa,  
en su fecundo seno ya se encierra,

y de su intensa actividad reposa  
cubriéndose con sábanas de nieve  
que al ocultarse el sol tñe de rosa...

Nadie á escalar el Mulahacén se atreve,  
pues son sabidos los traidores lazos  
del coloso, que nada le conmueve...

Se desnudan de hierbas los ribazos,  
y los árboles fingen esqueletos  
que alzando al cielo retorcidos brazos

imploran gracia al huracán, inquietos  
al ver rotas sus túnicas sencillas  
para alfombrar ocultos vericuetos

que cruzan de un arroyo las orillas,  
y solamente en sus ramajes varios,  
pequeñas manchas de hojas amarillas

que en aquellos lugares solitarios  
girones son de triste vestidura...  
¡son despojos de míseros sudarios!

No trina el ruiseñor en la espesura;  
tan solo el viento su canción salvaje  
une á la voz del río que murmura.

Todo le rinde al tiempo vasallaje;  
lo que antes era luz, color y vida  
que alegres tonos daban al paisaje,

ahora al viajero á meditar convida,  
pues fatigada ya naturaleza  
más bien parece muerta que dormida,

y las pálidas tintas con que empieza  
á esfumar aquel cuadro el sol poniente,  
al alma infunden íntima tristeza...

Junto á un niño, que juega sobre el puente  
que en lo angosto del valle se levanta,  
se ve á un hombre de altivo continente...

Es Alberto que, al fin, posa su planta  
donde forjó sus dulces ilusiones;  
donde á soñar llegó ventura tanta...

Alberto, que al volver de otras regiones  
á su aldea, que cerca se divisa,  
no puede dominar sus emociones,

con la voz apagada é indecisa,  
cual si allí se fijase su destino,  
pregunta vacilando por su Luisa

á un rapaz que se encuentra en el camino...  
mas cruel é impía la infantil respuesta  
á herir de muerte sus ensueños vino...

¡Nada en el mundo sin su amor le resta,  
y Luisa olvida su cariño ardiente!...

Al recibir el golpe que le asesta

la inconstancia de Luisa, el pintor siente  
en odio convertidos sus amores...

Una nube de sangre por su mente

cruza al mirar, tras tantos sinsabores,  
la flor de sus anhelos deshojada;  
quiere ocultar sus trágicos dolores;

recuerda el juramento de su amada;  
«¡adios!» dice al rapaz, y presuroso  
el artista prosigue la jornada...

•

. . . . .  
. . . . .  
. . . . .

Aquel ¡adios! que diera temeroso  
de que su mal hubiesen descubierto,  
era el adiós á un porvenir dichoso...  
¡á la esperanza de un pasado muerto!

—XIX—

VI.

**DESENCANTO.**



## VI.

El sol de las alturas se retira;  
se condensan las sombras en los valles;  
á la luz del crepúsculo que espira

se borran poco á poco los detalles,  
y el pueblo, en la penumbra sumergido,  
quiere esconder sus solitarias calles.

Luchando con su amor aún no extinguido,  
va Alberto hacia la plaza de la aldea  
por la terrible duda enardecido.

Un silencio profundo le rodea;  
en el delirio que al pintor devora,  
desechar quiere la fatal idea

del perjurio cruel de la que adora;  
el amor mismo que su pecho inflama  
á veces le presenta á la traidora

cual víctima de horrible y negra trama;  
y por tan rudas pruebas vacilante,  
—«¡Es imposible tal perfidia!» exclama...

Ya en la plaza el pintor, busca anhelante,  
con mirada febril, aquella reja  
testigo de sus ansias... Otro amante

ocupa aquel lugar en donde deja  
 Alberto sus más gratas ilusiones...  
 Ya se distingue á la feliz pareja...

El perjurio de Luisa y sus traiciones,  
 marcan al triste su fatal destino...  
 Sangrientas y fatídicas visiones

cruzándose en confuso torbellino  
 le acosan sin cesar, y al fin murmura:  
 — «¡Me matan á traición!... ¡Seré asesino!»

Loco por el dolor que le tortura,  
 su mente acoje criminal intento...  
 La calma en vano recobrar procura...

Revuelve en la memoria el juramento  
 que le hizo concebir tanta esperanza...  
 sus amores... su horrible sufrimiento...

y no vacila más... avanza... avanza...  
todo ayuda sus planes... solitario  
encuétrase el lugar de la venganza...

se detiene... Del templo el campanario  
cuya altiva silueta al cielo toca  
cual si fuese gigante imaginario,

con la lengua de bronce de su boca  
al aire lanza el místico concierto  
que de la tarde á la oración convoca...

pero la voz sagrada que oye Alberto,  
en su tremenda lucha le parece  
que dobla por el alma de algun muerto.

Así, á medida que la sombra crece  
con negras gasas envolviendo al mundo,  
la mente del cuitado se obscurece...

Oye un beso... Frenético, iracundo  
se acerca Alberto á su rival odioso,  
el alma llena de rencor profundo...

Nada interrumpe el diálogo amoroso,  
y allí el pintor inadvertido pasa  
sintiendo cada vez más espantoso

el vértigo de sangre que le abrasa...  
Se decide... El puñal brilla en su mano  
ante la luz crepuscular escasa

con resplandor siniestro... Lucha en vano  
con su conciencia... Al borde del abismo  
cómo sin un esfuerzo sobrehumano

puede vencerse nuestro impulso mismo?...  
Alza Alberto el puñal .. mas un instante,  
del furor en el ciego paroxismo,

vuelve la vista al Mulahacén gigante  
cuya canosa cabellera asoma  
bajo las ricas sedas del turbante

que semeja la nube policroma  
en que oculta el sultán su regia frente...  
¡su frente altiva que jamás se doma!

y el puñal se le escapa de repente  
de las manos convulsas .. La mirada  
dirige hacia la reja nuevamente,

y al contemplar el arma abandonada,  
por tantas emociones combatido,  
lanzando una estridente carcajada  
cayó al pié de la reja sin sentido.

~~— 310 —~~

VII.

LA VISIÓN.



## VII.

Mientras está el pintor aletargado  
ve á través de las nieblas del ensueño  
que una blanca visión tiene á su lado...

Es el sultán de la Alpujarra dueño,  
el viejo Mulahacen, que al ver su pena  
le dice entre colérico y risueño:

«¡Insensato! El dolor que te enagena  
viniendo á destruir tus ilusiones,  
es de tu propia culpa la condena.

«Imaginaste ver mil perfecciones  
en una estatua de brillante arcilla...  
¡Dios no junta en un ser todos sus dones!

«Si da perfumes á la flor sencilla,  
da espinas á la rosa más preciada.  
Trocando por buen oro lo que brilla,

«en oropel fijose tu mirada.  
Te fascinó la espléndida hermosura  
de Luisa; la creiste enamorada

«y con un alma candorosa y pura  
como la virgen que ideó tu mente,  
y su alma hace traición á su figura...

«Eres artista... En tu delirio ardiente  
el ideal de tus sueños perseguiste  
adorando á un fantasma solamente...

«Ya que en el mundo esa mujer no existe,  
busca en las cosas lo que siempre es bello,  
no la perfecta imagen que fingiste.

«Hallaste en Luisa el divinal destello  
de belleza que en todo nos ofrece  
Dios cuando imprime á la Creación su sello;

«mas la hermosura material perece...  
Si amas el arte olvida tu flaqueza...  
¡Busca lo que inmutable permanecel

«Como expresión de la eternal belleza,  
vé el cuadro de sublime colorido  
que tituló el Creador *Naturaleza*.

«Vente á la cumbre donde yo resido;  
te enseñaré la mágica armonía  
que en todo el Universo ha presidido...

«Tú me verás llorando de alegría  
si da el naciente sol, ascua de oro,  
besos de fuego á mi cabeza fría...

«¡La venganza es ruín!.. ¡Tu afán no ignoro!  
Si al llamamiento de mi voz acudes  
te haré dueño de todo mi tesoro.

«El estruendo oirás de los aludes  
que á cuantas cosas ven tienden la garra  
sirviéndoles de blancos ataúdes...

«¡Reinaremos los dos en la Alpujárra!...  
Te quiero contemplar de asombro lleno  
cuando la fiera tempestad desgárra

»las negras cavidades de su seno  
y se escucha, cual voz de sus dolores,  
la voz apocalíptica del trueno

»al nacer con siniestros resplandores  
el rayo destructor, fruto maldito  
que engendraron satánicos amores...

»¡No escuches más de tu venganza el grito!  
¡Vente á mi altiva cumbre que figura  
el primer escalón del infinito!

»Con nieve, mármol de ideal blancura,  
el ventisquero allí templos fabrica  
de inimitable y bella arquitectura;

»cuyas raras columnas, que dedica  
á sustentar las bóvedas de hielo,  
el huracán cincela y petrifica;

»y cuando el sol traspasa desde el cielo  
los prismas, de esta iglesia ventanales,  
descompuesta la luz arroja al suelo

»de aquellas transparentes catedrales  
cascadas de colores, imitando  
artísticas vidrieras medioevales.

»La noche evoca ante mi voz de mando,  
mil visiones quiméricas y horrendas  
aquella angusta soledad turbando.

»Verás subiendo por ignotas sendas  
ondinas, silfos, brujas, duendes y hadas;  
los fantasmas que pueblan las leyendas

»de héroes y princesas encantadas,  
de doncellas y pajes sin fortuna  
que semejan las nieblas nacaradas

»á los pálidos rayos de la luna  
que atraviesa orgullosa los espacios  
cuando el limpio cristal de la laguna

»retrata su semblante de topacios.  
Los gnomes te abrirán á mis conjuros  
las puertas de los mágicos palacios

»que forman en mis cóncavos oscuros.  
Admirarás las mil combinaciones  
de trazos que se cruzan en sus muros

»buscando inverosímiles uniones  
la línea y el color; labor que imita  
el morisco cincel en sus creaciones.

»Verás la caprichosa estalactita  
cual columna de jaspe, en que valiente  
aquella mole colosal gravita,

»ó de las altas bóvedas pendiente  
fingir maravilloso artesonado  
del techo de un alcázar sorprendente...

»¡Del magnífico alcázar que ha labrado  
el gnomo en las entrañas de la tierra,  
á albergue de las hadas destinado!...

»¡Ven!... ¡La belleza que mi alma encierra  
nunca será insensible á tus afanes!...  
¡Mira la blanca mole de la Sierra

»que otro tiempo horadaron los volcanes!..  
¡Semeja mi alta cumbre minarete  
de un templo edificado por titanes!

»Dios desde allí me manda que interprete  
los profundos decretos que medita,  
y á mis órdenes todo se somete ...

»Cual anciano muezzín de esa mezquita,  
del nevado alminar en las alturas,  
¡ Dios eleve mi oración contrita

»cuando con sus enormes herraduras  
aplantan las luciérnagas del cielo  
los caballos del sol y las oscuras

»visiones de la noche, alzando el vuelo,  
en medroso tropel huyen del mundo  
que va rasgando su sombrío velo...

»Mi frente entonces de esplendor inundo  
y la naturaleza á mis clamores  
sacude alegre su sopor profundo,

»mi oración repitiendo esos rumores  
que en las selvas se escuchan con espanto  
y son al mismo tiempo seductores...

»¡Ven!... Alabemos con eterno canto  
al Dios que la Creación nos manifiesta,  
que allí acompañarán nuestro himno santo,

»cual voces mil de formidable orquesta,  
del manso arroyo el apacible ruido,  
el pájaro que entona en la floresta

»un cántico de amores junto al nido,  
de perfumadas brisas el lamento,  
de las bestias salvajes el ahullido,

»de la avalancha el espantoso acento  
cuando asuela los campos y heredades,  
los silbidos horrisonos del viento

»que no refrena allí sus impiedades,  
el fragor de la hirviente catarata  
y el eco de las roncadas tempestades...

» ¡Vente conmigo!... ¡Deja que insensata  
del mundo en el vastísimo hormiguero  
esa mezquina humanidad combata!...

» ¡Te sublimó el dolor!... por eso quiero  
darte la recompensa que mereces...  
Á las altivas cumbres donde impero

» no llegan las humanas pequeñeces;  
desecha la pasión que te contrista  
ya que apuraste del dolor las heces

» y á lo grande no más alza la vista  
puesto que siempre la grandeza es bella...  
¡Digna siempre del alma de un artista!...

» La ola del mundo ante mis pies se estrella  
y solo del Creador la voz robusta  
deja en mi oído su gigante huella»

. . . . .  
. . . . .  
. . . . .

Ya los recuerdos en su mente ajusta  
tras el letargo que sufriera, Alberto,  
y aún ve del Mulahacén la faz augusta  
de tibia luna al resplandor incierto.

~~FIN~~

VIII.  
EPÍLOGO.



## VIII.

Desde entonces Alberto, allá en los montes  
de la Alpujarra, admira la belleza  
que le ofrecen sus vastos horizontes.

Aquella excepcional naturaleza  
á su alma infunde extraordinaria vida,  
y absorbo al contemplar tanta grandeza

en ella ve su dicha apetecida,  
y á todo ruido mundanal extraño  
ya la pasión que le avergüenza olvida...

No teme allí que turbe el desengaño  
el ciego amor que por la Sierra siente,  
y así mira pasar año tras año;

pues noche y día, con afán creciente,  
se entrega á sus purísimos amores  
viendo que pagan su cariño ardiente

Sierra Nevada con fragantes flores,  
con su paisaje el Mulahacén nevado  
y las selvas y arroyos con rumores.

. . . . .  
. . . . .  
. . . . .

Cuando por el espacio dilatado  
ni el más leve celaje tiende el vuelo;  
cuando el sol desde el zénit ha inmundado

de las montañas el eterno hielo  
que los torrentes de su luz condensa;  
cuando finge la bóveda del cielo,

de templo colosal cúpula inmensa  
de la que es claraboya sorprendente  
el ígneo disco, cuya llama intensa

cual rayos de otra luz más esplendente  
fulgura en esa sábana nevada  
con que se cubre el Mulahacén la frente,

lejos ya del recuerdo de su amada,  
dirige Alberto, de placer henchido,  
á aquellas altas cumbres la mirada;

y sigue en dulces éxtasis sumido  
si la tormenta aquel edén castiga  
y repiten los ecos el chasquido

del látigo de fuego con que ostiga  
el Dios del Sinaí con mano fuerte  
de su carro de nubes la quadriga;

pues, Alberto, dichoso con su suerte,  
sin presenciar del mundo el torbellino,  
quiere que le sorprenda allí la muerte.

. . . . .  
. . . . .  
. . . . .

Hoy, si un viajero ve desde el camino  
á aquel constante huesped de la altura  
y pregunta por él á un campesino:

«Es un pintor, dirá, cuya locura  
nació al ver toda la maldad que encierra  
dentro del pecho una mujer perjura  
y le llaman *El loco de la Sierra.*»

FIN



## ÍNDICE

---

	<u>Páginas</u>
Prólogo. . . . .	9
I. Introducción . . . . .	17
II. La Última Cita. . . . .	25
III. La Partida . . . . .	39
IV. Por el arte . . . . .	47
V. El Regreso. . . . .	59
VI. Desencanto. . . . .	67
VII. La Visión . . . . .	75
VIII. Epílogo. . . . .	89



## OBRAS DEL AUTOR

---

### PUBLICADAS

---

Pesetas

EL CARDO. Poema de Ossian, traducción. (Agotado.)

EL MULAHACÉN . . . . . 1'50

### EN PREPARACIÓN

---

COSAS MÍAS. (Versos.)

CONSEJAS. (Cuentos.)

## OBRAS DEL AUTOR

---

### PUBLICADAS

---

Pesetas

EL CARDO. Poema de Ossian, traducción. (Agotado.)

EL MULAHACÉN . . . . . 1'50

### EN PREPARACIÓN

---

COSAS MÍAS. (Versos.)

CONSEJAS. (Cuentos.)